



የኢትዮጵያ ኦርቶዶክስ ተዋሕዶ ቤተ ክርስቲያን ሃይማኖትና ሥርዓት

The Ethiopian Orthodox Tewahedo Church Faith and Order

The Third Sunday of Zemene Asterio (*The Season of Manifestation (Theophany)*)

Liturgical Readings:

Hebrew. 2: 1—11; 1John 5: 1 - 13; Acts 10: 34 -39

Ps. 84: 6—7

John 2: 1—14

The Anaphora of Dioscorus

La Intercesión de la Santísima Virgen María en las Bodas de Caná de Galilea

Amados en Cristo, al contemplar el misterio de la salvación revelado en el Evangelio según san Mateo (2,1–13) —la adoración de los Magos, la humildad del Verbo encarnado y la presencia silenciosa pero decisiva de la Virgen Madre— somos conducidos de modo natural a Caná de Galilea, donde ese mismo Niño, ahora manifestado como el Hijo del Hombre, revela su gloria por medio de la intercesión de su Madre. De Belén a Caná, del pesebre al banquete nupcial, la economía de la salvación se despliega en armonía, obediencia y en el tiempo divino.

Los Magos, guiados por la estrella, atraviesan pruebas y peligros, pero perseveran hasta contemplar al Niño con María, su Madre. Su peregrinación hace resonar las palabras del salmista: «Atravesando el valle de lágrimas, lo convierten en manantial; van de fortaleza en fortaleza» (Salmo 84,6–7). En la comprensión teológica de la Iglesia Ortodoxa Etíope, la presencia de María nunca es accidental. Donde Cristo es manifestado, allí está su Madre como el Arca viviente, que no porta tablas de piedra sino al Verbo hecho carne, cumpliendo la promesa pronunciada en el Edén: «Pondré enemistad entre ti y la mujer» (Génesis 3,15). Ella es la Nueva Eva, cuya obediencia desata el nudo de la desobediencia de la primera mujer.

En Caná de Galilea, como narra san Juan (Juan 2,1–14), la Madre de Dios percibe la necesidad antes de que se convierta en crisis: «No tienen vino». Sus palabras no son mandato ni exigencia, sino intercesión compasiva. Aquí, Aquel que nació de ella según la carne y que fue «hecho semejante en todo a sus hermanos» (Hebreos 2,1–11), inicia los signos por los cuales se manifiesta su gloria. Aunque Él dice: «Mi hora todavía no ha llegado», comprendemos, a la luz del conjunto del Evangelio, que esta hora avanza misteriosamente en obediencia a la voluntad del Padre. El tiempo mismo se inclina ante el amor divino. Más adelante dirá: «Mi tiempo aún no ha llegado» (Juan 7,6), y también: «Nadie le puso la mano encima, porque todavía no había llegado su hora» (Juan 7,30; 8,20). Sin embargo, en Caná, por la intercesión de su Madre, la hora comienza a despuntar como una semilla, señalando hacia la Cruz y la Resurrección.

Este acontecimiento de Caná no es aislado; está tejido en toda la historia de la salvación. Desde el principio, la humanidad fue creada varón y mujer, bendecida y llamada a la fecundidad (Génesis 1,27–28). El matrimonio mismo, santificado en Caná, se revela como una alianza sagrada, iluminada más tarde por san Pablo: «Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella» (Efesios 5,25—final).

La transformación del agua en vino anuncia la creación renovada y hace eco al Salmo 104, donde el Espíritu de Dios renueva la faz de la tierra. Evoca también la ternura profética de Oseas, en la que Dios habla a su pueblo infiel no con ira, sino con amor restaurador: «La atraeré... y le hablaré al corazón» (Oseas 2,4–18).

La Virgen María se halla en el corazón de esta renovación. «Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer» (Gálatas 4,4). Su intercesión en Caná revela su misión maternal en la vida de la Iglesia. Ella no dirige la atención hacia sí misma, sino que conduce a todos a Cristo: «Haced todo lo que Él os diga». Esta obediencia refleja su propio fiat y se convierte en el modelo del discipulado cristiano, como exhorta la Escritura: «Acordaos de vuestros pastores... imitad su fe» (Hebreos 13,7).

A medida que el Evangelio avanza, la hora de Cristo se aproxima de manera inexorable. «Ha llegado la hora de que el Hijo del Hombre sea glorificado» (Juan 12,23–27). En la Última Cena, sabiendo que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, amó a los suyos hasta el extremo (Juan 13,1). Habló de una gloria que se manifiesta en la humildad y de una autoridad que se ejerce en el servicio (Juan 13,16.32). En su gran oración sacerdotal, alzó los ojos al cielo y dijo: «Padre, ha llegado la hora» (Juan 17,1–2). La obediencia anunciada en Caná alcanza su cumplimiento en Getsemaní: «No se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lucas 22,42; Mateo 26,18).

Desde la perspectiva teológica de la Iglesia Ortodoxa Etíope, la intercesión de la Santísima Virgen María es inseparable de la obra redentora de Cristo. Ella es honrada no como mediadora alternativa, sino como la primera entre los intercesores, que conduce a los fieles hacia su Hijo. Su misión se ilumina con el testimonio apostólico: «Dios no hace acepción de personas» (Hechos 10,34–39), pero honra la humildad, la fe y la obediencia. Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios, y esta vida está dada en el Hijo (1 Juan 5,1–13).

Amados, el camino de los Magos, las bodas de Caná y la misma Cruz proclaman una sola verdad: Dios entra en la historia humana con mansedumbre, invitando a la cooperación y no a la coerción. La Virgen María, presente en el umbral de cada misterio, enseña a la Iglesia cómo responder —con confianza, vigilancia espiritual e intercesión orante. Mientras avanzamos «de fortaleza en fortaleza», aprendamos, a su ejemplo, a discernir las necesidades del mundo, a presentarlas a Cristo y a acoger de nuevo el mandamiento de vida dado en el Sinaí y consumado en el amor (Éxodo 20). Y que el mismo Señor que transformó el agua en vino transforme también nuestras vidas, hasta que contemplemos su gloria cara a cara.

¡Gloria a Dios, Amén!